

de la ignorancia y de las pasiones. Si los filósofos creían en general en la Providencia y en el premio y el castigo reservado al bien y al mal, ninguno había adivinado que el hilo de los acontecimientos que se suceden en la tierra, fuese á parar á la mano de Dios, estableciéndose por este medio y en este sentido, como en todos los demás, la unidad en la variedad. Solo el cristianismo, añade el autor antes citado, solo el cristianismo podía anunciar que todos los hombres son hermanos, que Cristo es el centro de la humanidad, y que la estension de su reino es el fin á que están dirigidas las cosas humanas, aun en aquello que parece oponerse á este fin admirable y consolador.

«¡Ah! no nos fijemos en la ciudad de la tierra: volvamos nuestras miras á la ciudad del cielo, que tiene su origen antes de la creacion del mundo visible.

Los ángeles son los primeros habitantes de la ciudad divina: participan del cielo y de la luz, porque en el principio Dios hizo el cielo, y dijo: *Que la luz sea hecha*. Dios no creó sino un solo hombre, y todos estábamos en aquel hombre. Derramó en él una alma dotada de inteligencia y de razon, ya sea que hubiese creado antes esta alma, ó que la infundiese soplando sobre el rostro del hombre, cuyo cuerpo no era sino barro. Dió al hombre una mujer para reproducirse; pero como toda la raza humana debia provenir del hombre, formó á Eva de los huesos, de la carne y de la sangre de Adán.

El hombre, á quien el Señor habia dicho: «El día en que comas la fruta prohibida morirás,» comió la fruta prohibida y murió. La muerte es la pena impuesta al pecado; mas si el pecado se borra con el bautismo, ¿por qué el hombre muere al presente?... Muere para que no se destruya la fé, la esperanza y la virtud.

Dos amores han edificado las dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, ha levantado la ciudad ter-

restre; el amor de Dios hasta la abnegacion de sí mismo, ha edificado la ciudad celestial. Cain, ciudadano de la ciudad terrestre, edificó una ciudad; Abel no edificó ninguna, porque era ciudadano de la ciudad divina y extranjero en la tierra. Las dos ciudades pueden unirse por el matrimonio de los hijos de los santos con las hijas de los hombres á causa de su hermosura, porque la hermosura es un bien que nos viene de Dios.

Las dos ciudades se mueven juntamente: la ciudad terrestre desde el tiempo de Abraham, ha producido los dos grandes imperios de los Asyrios y los Romanos: la ciudad celestial llega por el mismo Abraham, desde David hasta Jesucristo. Han venido cartas de aquella ciudad santa de que al presente estamos desterrados, y estas cartas son las Escrituras. El Rey de la ciudad celeste ha descendido en persona á la tierra para enseñarnos el camino y ser nuestro guía.

El supremo bien es la vida eterna, y no pertenece á este mundo: el mal supremo es la muerte eterna, la separacion de la compañía de Dios. La posesion de las felicidades temporales es una bienaventuranza falsa, una gran enfermedad. El justo vive de la fé.

Cuando las dos ciudades hayan llegado á su fin por medio de Cristo, habrá suplicios eternos para los pecadores. La pena de muerte en la ley humana no consiste solo en el minuto empleado para la ejecucion del criminal, sino en el acto que le priva de la existencia; el Juez eterno escluye al culpable de la eternidad viva, como el juez temporal escluye al culpable del tiempo existente. ¿Puede acaso el Eterno pronunciar sino juicios eternos?

Por la misma razon, la ventura de los justos no tendrá término. El alma, sin embargo, no perderá la memoria de los males pasados; porque si no se acordase de su primitiva miseria, si no conociese siquiera la miseria indestructible de los que hubiesen perecido, ¿cómo cantaria sin fin las misericordias de Dios, segun nos lo dice el Salmista? En la ciudad divina se cumplirán aquellas palabras: *Permaneced tranquilos, reconoced*

que soy Dios; es decir, que allí se gozará del sábado, de aquel día dilatado y sin noche, en el cual descansaremos en Dios.»

No es dable reunir mas elevacion, mas brillantez, mas ternura y esquisita delicadeza: el pasaje que acabamos de transcribir es uno de los muchos que pudiéramos citar con gran elogio del libro que nos ocupa. El Platon cristiano, como llaman algunos á San Agustin, nos revela en cada una de sus páginas la sublime inspiracion que al escribirle iluminaba su inteligencia y alimentaba su corazon.

ELOCUENCIA DE SAN AGUSTIN.

La universalidad es el carácter distintivo de las obras todas de San Agustin; la claridad, la penetracion, la fuerza, la energía, la persuasion el de su elocuencia. Teniendo presentes los preceptos de Ciceron, que proclama como buenos en uno de sus escritos (1), instruye, agrada y conmueve. Cuidase mucho del auditorio á quien se dirige, y acomoda siempre su estilo á la *capacidad* de sus oyentes; por esto habla sin arte, sin método ante los habitantes de Hipona, y emplea en Cartago una forma mas florida y pomposa.

Metafisico profundo, orador patético y popular, teólogo invencible, controvertista infatigable, historiador original, San Agustin sondea todos los problemas, dá reglas para todas las acciones, determina las fuentes de autoridad, combate todos los errores posibles é imaginables, ataca las preocupaciones, anatematiza los vicios, deifica las virtudes, y pudiendo decirse el último de los Padres del siglo de oro de la elocuencia, reasume

(1) Doct. Christ., lib. IV.

en sí todas las grandes cualidades que distinguen á los demás.

Hay tres grandes períodos en la vida de San Agustin: el primero, cuando en medio de los extravíos de su juventud busca la verdad que su corazon apetecia; el segundo, cuando habiéndola hallado se dedica á estudiarla en todas sus manifestaciones; y el tercero, cuando elegido obispo de Hipona se consagra por completo á su defensa y á difundirla entre sus hijos: tres períodos que se adivinan distintamente en sus escritos y caracterizan el estilo de cada uno de ellos.

Las obras filosóficas de San Agustin son las mas correctas y elegantes; las que se refieren á la moral y á la doctrina cristiana, aparecen mas descuidadas en la forma, pero en el fondo revelan la conviccion profunda del santo doctor; su don persuasivo, enérgico y conmovedor. El gran esmero con que se ciñe á los términos de la Escritura, le hacen ser el primer modelo del lenguaje teológico, que tan bien dice en el púlpito y que tanto recomiendan los grandes maestros de la elocuencia cristiana. La lengua latina en las obras de San Agustin se hace oscura, áspera y sutil muchas veces, por efecto del gran cuidado con que el autor se ajusta en las espresiones al valor de las ideas: sacrifica la belleza, la novedad, el encanto de los giros á las distinciones profundas y á las sutilezas de la dialéctica mas rigurosa; y estos y no otros, son los únicos defectos que han dado márgen á censuras injustas y apasionadas, que por lo mismo no merecen seria y detenida refutacion.

El éxito admirable de su predicacion, los triunfos que alcanza sobre los enemigos de la verdad, á quienes combate frente á frente y sin temor, son pruebas claras, ostensibles, de las grandes cualidades que como orador sagrado hemos dicho señalan y distinguen á San Agustin entre los Padres de la

Iglesia. Abiertos están los libros que nos ha dejado este genio portentoso; léanlos sus detractores, léanlos los incrédulos de nuestros días, y la duda dejará de atormentarles, y como el angélico doctor, abrazarán entusiasmados el árbol fecundísimo de la Cruz.

INFLUENCIA FILOSÓFICA Y LITERARIA DE LAS OBRAS DE SAN AGUSTIN.

Antes de dar por terminado el ligero exámen que de la vida y los escritos de San Agustin hemos hecho, no podemos menos de añadir dos palabras acerca de la gran influencia que este ilustre Padre de la Iglesia ha ejercido en la literatura y en la filosofía cristiana de los siglos posteriores; influencia que justifica nuestras observaciones acerca de su elocuencia y la necesidad de que el orador sagrado se detenga mucho, en la lectura y meditacion de las magníficas obras que ha legado á la posteridad.

San Agustin fué en realidad el primero que redujo á forma sistemática la doctrina del Evangelio, y bajo este punto de vista, un célebre historiador de nuestros días le considera como padre del dogmatismo latino; no porque imaginara un nuevo sistema filosófico, sino porque con su gran talento establece las relaciones y las diferencias que separan la verdadera doctrina de la escuela de Alejandría, combatiendo los errores de esta, al mismo tiempo que demuestra, que el apoyo de la sabiduría divina, es indispensable á la ciencia y á la razon humana.

Difícilmente podrá encontrarse un solo escritor cristiano que haya defendido y ensalzado mas que él los fueros de la

razon; pero reconociendo su carácter finito, busca la verdad absoluta en otro principio, superior á la misma inteligencia humana. He aquí su manera de desenvolver tan elevada teoria: —Como cada alma es individual y relativamente diferente, y la razon muda de estado en el hombre, mientras la verdad es para el espíritu igual y necesaria, natural es que busquemos un fundamento superior á nosotros, fundamento indefinible, que es Dios; *in quo, et a quo, et per quem vera sunt, quæ vera sunt omnia* (1). Dios nos enseña la verdad en el pleno sentido de esta palabra, mediante los signos y las cosas, verdad que nosotros sabemos por la fé y la razon; la fé nos conduce al conocimiento de las verdades primeras que no podemos todavía comprender; la razon nos inclina á creer estas verdades, puesto que aun la misma revelacion se funda en motivos racionales de credulidad.

De las doctrinas filosóficas de los académicos pasa San Agustin á las hipótesis de los platónicos, reconociendo las dificultades que aquellas presentan para la resolucion de los problemas fundamentales. Asi es que adoptó las ideas innatas en toda la estension que los platónicos las habian dado; pero despues reconoce la falsedad de la proposicion que Platon anunciaba cuando decia: que saber era acordarse, y que el niño que preguntado de cierto modo, responde acerca de puntos que nunca le han sido enseñados, debe suponerse que hayen él ideas adquiridas con anterioridad, siendo suficiente que reciban despues su desarrollo. San Agustin, que primeramente habia adoptado esta opinion, la reformó despues, diciendo: «Bien puede ser que el niño responda á lo que se le pregunta, porque es de una naturaleza inteligente.»

(1) Soliloq. I, 1.
Томо I.

El angélico doctor fija el punto de partida de sus investigaciones filosóficas en la certidumbre inmediata de su existencia espiritual. El alma es conocida por la conciencia, como inmaterial es el sugeto que vé, percibe y piensa, mientras el cuerpo es el objeto visible por los sentidos. De aquí la importancia de aquella antigua máxima filosófica del templo de Delfos: *Nosce te ipsum*; de aquí también que la existencia se demuestra por los actos de la mente, estableciendo de esta manera antes que Descartes aquel sabido principio *Pienso, luego existo*, con que se refuta el escepticismo, pues con razón arguye San Agustín, que si se afirma la posibilidad de equivocarse sobre el hecho de la existencia, se afirma al propio tiempo la misma existencia, pues en verdad si no se existiese no habría la posibilidad de esta duda (1).

Combatió principalmente á los Maniqueos, cuyas doctrinas en otro tiempo había seguido, destruyendo la idea de los dos principios universales, idénticos y sustanciales del bien y del mal: establece la doctrina de la creación temporal, y explica el origen del mal por la degeneración del hombre en la caída. Por esto dice que todo cuanto existe es bueno esencialmente, y hasta la misma muerte lo es, porque tiene por causa la existencia, y por último, que el universo, como obra perfecta de Dios, debe comprender toda clase de cosas, y por consiguiente, criaturas inferiores y corruptibles. Dios, añade, ser necesario, infinitamente perfecto, es vida, porque la vida es mejor que la inercia; es la misma vida, porque la vida es mejor que el ser vivo; es el principio de la inteligencia, y es inmutable en su sabiduría.

(1) Prius abs te quæro, ut de manifestissimis capiamus exordium, utrum te ipse sic. An tu forte metius ne hac interrogatione fallaris, cu mutique, si non esses falli omnino non posses?—De lib. arb., II, 5.

Explica cómo es posible conciliar la idea de la creación en el tiempo, efectuada libremente por Dios con la inmutabilidad del Ser Supremo, sosteniendo que antes de que aquella existiera, existía realizada en la mente divina, y deduce que siendo eternas é inmutables las ideas que encierra en sí la Inteligencia divina, no solo como actos de su mente, sino como tipo de las criaturas, resulta de aquí que las ideas son independientes de las cosas.

El origen del mal moral en el mundo se explica en las obras de San Agustín por la prevaricación del primer hombre y la solidaridad que existe entre él y el resto del género humano. En la felicidad de que disfrutaba en el Paraíso el cuerpo, servía enteramente á la inteligencia, y el hombre tenía voluntad meritosa del bien; la naturaleza le estaba sometida y le obedecía, y la muerte le respetaba; pero después del pecado original predominaron los sentidos sobre la inteligencia; la misma naturaleza se rebeló contra él, y de aquí la necesidad de luchar hasta dominarla; la muerte le persigue desde entonces, y cada vez halló mas dificultad de volver al bien después de haberse espuesto á una pena infinita por el bien infinito que dejó. Manifiesta después de esto cómo se concilia esta doctrina con la de la presciencia divina, pues la voluntad humana permanece íntegra y en completa libertad de determinarse para el bien ó para el mal, por mas que el hecho esté previsto en la suprema inteligencia.

Trata después de esta cuestión la de la gracia, combatiendo á los pelagianos, materia sumamente difícil, y en la cual no han dejado de suscitarse dudas por los escritores cristianos posteriores respecto á la verdadera inteligencia de las palabras de San Agustín. La historia de la gracia está espuesta admira-

blemente en la *Ciudad de Dios*, dividiéndola en seis edades, que el santo doctor asemeja á los seis dias de la creacion, á los cuales debe seguir la edad sétima de descanso y de bien en que se alcanza la eterna beatitud.

Si se examinan bien las obras de San Agustin, se encuentran en ellas opiniones y doctrinas, cuya gloria se atribuye generalmente á filósofos posteriores, y otras cuyo olvido ha sido causa de que se incurra en gravísimos errores. Nadie como él ha logrado establecer la diferencia que hay entre la sensibilidad y la inteligencia, demostrando que si solo estuviéramos dotados de los sentidos, no podríamos hacer uso de los signos, careciendo de los medios de distinguirlos y del objeto que con ellos se quisiera designar (1). Combate la opinion de los que atacan al cristianismo porque impone la obligacion de creer cosas que caen fuera de la jurisdiccion de los sentidos, y demuestra que si solo mereciesen ser creidas verdades conocidas por la observacion eterna, faltaria el principio de toda filosofía y de toda ciencia moral. Sin embargo, añade, que nuestra creencia se funda igualmente en pruebas sensibles, como son el cumplimiento de las profecías y la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Despues de cuanto hemos dicho, fácilmente se concibe la gran importancia y la influencia que las obras de San Agustin han ejercido en la filosofía y la literatura, posteriores á su época. Habiendo tratado las principales cuestiones y problemas que se refieren á las relaciones entre la ciencia humana y la fé, sus escritos han servido de base á cuantos estudios se han hecho despues en el mismo sentido, y con frecuencia ha sido preciso acudir á sus obras para combatir los errores y here-

(1) Quæst. IX.—De Trinit., IX, 5.

gías que han afligido á la Iglesia. El gran Padre San Agustin ha sido el oráculo de los tiempos, porque, como hemos dicho, nadie ha llegado á mas altura en las investigaciones de un órden superior.

Como consecuencia de los trabajos de San Agustin, vino la época de la escolástica, en que la sutileza dialéctica, el espíritu de argumentacion, las altas especulaciones filosóficas reemplazaron á la sencillez en la esposicion de la doctrina de los primeros tiempos. La elocuencia cristiana adquirió por consiguiente un carácter distinto, merced á la influencia que ejercieron las obras del angélico doctor; y como veremos, ya no consistió solo en rasgos de imaginacion y de sentimiento, y en la mera enseñanza de la verdad revelada, sino que se distinguió por la fuerza del raciocinio, por la profundidad filosófica, por la necesidad de la argumentacion. Tal vez en este cambio, del cual debemos ocuparnos con estension, perdió algo de las brillantes formas y de las galas con que la hemos visto adornada en los primeros siglos, pero en cambio ganó mucho en solidez. Las necesidades de los tiempos así lo exigian; era preciso mas bien persuadir á los incrédulos ó á los hereges que conmovier á los fieles, por lo cual aun podemos proclamar á San Agustin como el modelo mas perfecto y acabado, á quien debe el orador sagrado procurar seguir en la difícil tarea de combatir el error y demostrar la verdad.

La órden de San Agustin tuvo su origen en los desiertos de Tagaste, contando entre sus mayores títulos de gloria el haber contribuido á la propagacion del cristianismo, tanto en Occidente como en Oriente.

El establecimiento de los conventos de la órden de San Agustin tuvo lugar, segun una biografía moderna, en Portu-

gal el año 393; en Nápoles y en Francia en 398; en España en 399; en Etiopía, en Roma é Italia en 429; en Inglaterra en 665; en Westfalia en 759, y sucesivamente en todas las partes del globo.

En España, la orden de San Agustin ha producido hombres eminentes en virtud y saber, grandes oradores, célebres literatos, de algunos de los cuales habremos de ocuparnos oportunamente.

Respecto á las ediciones de las obras de San Agustin, debe consultarse, sin despreciar las de Erasmo y los teólogos Lobanienses, y nos parece la mejor la hecha por los monges de la congregacion de San Mauro, de la cual se han hecho diversas otras, entre ella una por Migne en 1854, digna de figurar en la biblioteca de un entusiasta del gran Padre, á quien hubiéramos juzgado con mas estension si las condiciones de este libro nos lo hubiesen permitido.

— 439 —
CAPITULO VIII.

Termina la edad de oro de la elocuencia cristiana.—Sulpicio Severo.—Orosio.—San Vicente de Lerins.—San Euquerio.—Salviano.—San Leon y San Gregorio Magno.

Sulpicio Severo.

Nació Sulpicio Severo el año 363, y siendo jóven todavía fué convertido á la fé cristiana por San Martin; de una familia poderosa y muy celebrado por su elocuencia en la carrera del foro, abandonó desde entonces el mundo, hizo donacion de su fortuna á los pobres y se entregó á la práctica de la virtud.

Su aficion al estudio no disminuyó en lo mas minimo, antes al contrario, retirado de los placeres y vanidades de la tierra escribió un compendio de la *Historia eclesiástica*, que ha llegado hasta nosotros con singular estimacion, grangeándole el título de *Salustio cristiano* con que es comunmente citado por los escritores sagrados.

La *Historia eclesiástica* de Sulpicio Severo se resiente menos que otras, de la monomania que ya en esta época era muy frecuente de reducir los anales del género humano, de encerrarlos en un cauce estrecho, y en el cual las aguas ricas y